

—Pues que lo quiere, adelante;
responde Iturbide en calma,
será nuestra la victoria,
aunque sangre mexicana
economizar quisiera...

¡A ellos! dice y la espada
tantas veces victoriosa,
brilla fuera de la vaina.

—¡Señor, responde Epitacio;
no os batiréis hoy, sagrada
es vuestra vida, que encierra
el todo para la patria.
Dadnos sólo vuestras órdenes
y os juro por esta lanza,
que no os arrepentiréis
de nosotros...

—Tenéis alma
de titán, dice Iturbide,
pero nunca en las batallas
dejé de dar el ejemplo
con mi brazo y con mi espada.

—Lo daís con vuestra presencia,
señor, y con esto basta.

No os batáis, os lo rogamos
en el nombre de la Patria...

¿Qué haría si vos faltárais
en estos momentos? Baja

la noble frente, Iturbide
como si algo meditara;

luego la yergue y dispone
el orden de la batalla.

quedándose de reserva
con tres asistentes. Lanza

á las enemigas tropas

Epitacio una mirada,

en donde brilla hondo fuego
de valor y de esperanza,

y grita, ¡Viva Iturbide!

¡Viva! responde entusiasta

aquél puñado de héroes

en cuyas manos estaba
salvándose ó pereciendo
la libertad de la Patria;
y veloces como el rayo,
sobre el enemigo marchan;
¡quince ginetes lanceros
y Epitacio á la vanguardia!
¡quince infantes cazadores
y el capitán Arrillaga,
apoyando á los ginetes
desplegados en batalla!
¡Treinta valientes que un pueblo
salvan en esa jornada...!

V.

Como el huracán bravo,
los campos tala y destroza;
como la negra borrasca
deja las espigas rotas,
y siembra el terror doquiera
con sus estragos de tromba;
así los treinta ginetes
y cazadores, agostan
como á débiles aristas,
de Bocinos á la tropa,
que desesperada lucha
cuerpo á cuerpo con las sombras,
que así parecen aquellos,
fantasmas, que los destrozan,
multiplicando lanzadas,
vomitando con la pólvora
rayos de muerte que al suelo
los cadáveres arrojan...
Sigue Iturbide con ansia
desde la cercana loma,
aquél desigual combate
que muy hondo le impresiona,
y tiene que dominarse
á su pesar, mientras toma

carácter indeciso
 aquella lucha, que abona
 de los bravos contendientes
 las proezas asombrosas.
 Ve también desde una altura,
 Luaces con mirada hosca
 que sus soldados vacilan,
 que retroceden, y apocan
 el valor en que confiaba
 para obtener la corona
 del triunfo que proponía
 dar á la causa española.
 De pronto parte un ginete
 de los realistas; y asoma
 por otro lado Epitacio
 entre el humo de la pólvora.
 Se ven, y como saetas
 que el arco salvaje arroja,
 lanzan sus cabalgaduras
 para encontrarse una y otra.
 Más diestro Epitacio, esquivo
 de su contrario la roja
 lanza, que á clavarle vuela;
 y ya la suya, más corta
 va á hundir en el noble pecho
 del valiente, cuando asoma
 entre los dos, desalado
 el alférez de su tropa,
 de sangre y polvo cubierto,
 y con voz que la congoja,
 hace vibrante, y al mismo
 tiempo suplicante y honda;
 le dice:—No le matéis...
 ¡es mi padre...! y se desploma
 sobre el sudoroso cuello
 del noble corcel, que arroja
 por las hinchadas narices
 humo denso, y por la boca.
 El alférez y su padre,
 eran de sangre española,

pero los dos, mexicanos
 que militaban en contra
 uno de otro, en la contienda
 de realistas y patriotas.
 Era el hijo, don Vicente
 Miñón; alma generosa;
 y don Juan José, su padre,
 que á la bandera española
 fiel, iba á buscar la muerte
 en esa tarde afrentosa
 para las armas reales,
 para las otras ¡de gloria...!
 Es el último episodio
 de esa memorable hora,
 en que los realistas sienten
 el peso de su derrota;
 y en que humillado Luaces,
 ve regresar á sus tropas
 diezmadas y sin bandera,
 huyendo de los patriotas,
 que con vivas entusiastas
 ascienden hasta la loma,
 do los espera Iturbide
 celebrando su victoria,
 y mirando prisioneros
 hombres de carrera honrosa,
 Como Azcárate, Latorre,
 Velez, y Miñón y Alcorta,
 dignos de ceñir laureles
 y no de apurar deshonras.

VI

Para premiar Iturbide
 aquél portentoso hecho,
 que más parece forjado
 por el delirio de un sueño;
 ordenó que una medalla
 obtuvieran como premio,
 además de los honores

gratificación y ascensos,
 los valientes adalides
 que con su arrojo le dieron
 á la causa independiente
 del triunfo el toque postrero.
 Noble laurel ostentaba,
 de la medalla el reverso,
 con la memorable fecha
 de aquel acontecimiento,
 y con grandes caracteres,
 se miraba en el anverso,
 este inolvidable lema:

¡TREINTA CONTRA CUATROCIENTOS!

Así lo guarda la historia,
 así lo escribieron ellos,
 con la sangre generosa
 que por la patria vertieron;
 y así debemos nosotros,
 conservarlo en los recuerdos
 de tradiciones gloriosas,
 y de patrióticos hechos,
 para las generaciones
 que hoy pagan con el desprecio
 ó el olvido los ideales
 nobles, de nuestros abuelos.

ANTONIO DE P. MORENO.



EL CURA MORELOS.

El Prisionero.

Que por más que se notaba
 Ser un preso, descubrirlo
 Sin sentir, era imposible
 Cierto respeto sumiso

Saavedra

I

En aquel mismo solar,
 Hoy de un alcázar asiento,
 Se alzaba en el siglo quince
 Otro palacio soberbio.
 Donde una espléndida corte
 Cabeza de un vasto imperio,
 Ostentaba ricas galas,
 En armas, oro y arreos:
 Donde príncipes aztecas,
 Donde capitanes fieros,
 Caciques de las provincias
 Y enviados de extraños pueblos,
 Ante el sultán mexicano
 Humildes en boca y gesto,
 Depuestas plumas y joyas,
 Doblando á la tierra el pecho,
 Rendían de obediencia parias
 Y de vasallage pleito;
 Siendo felices si logran
 Gracia del monarca egregio,

Cuya grandeza acataban,
A cuyo poder tremendo
Se inclinaban soberanos,
Pontífices y guerreros.

Pero poder y grandeza
Que á poco andar de los tiempos
Pasaron ¡espanto causa!
En baldón y vilipendio.

Y el monarca y los vasallos,
Las provincias y el imperio,
La corte como el palacio
En la destrucción cayeron;

No de la edad agobiados,
Bajo el yugo de extranjeros,
Que desde ignotas orillas
Camino en la mar se abrieron

Así suele roto el cráter
Abrasador mongibelo,
Sepultar una región
Dentro de un lago de fuego.

De entonces ese palacio
Y ese de palacios pueblo,
Con sus encumbradas torres,
Con sus espaciosos templos,

Se van alzando y extienden
Sobre el caído esqueleto
De alcázares, de "Teocallis"
Que le sirven de sustento,

Como nace de la encina
La yerba, en el tronco excelso,
Que derribó el huracán
Y se ha podrido en el suelo.

Terrible lección, terrible,
Ese palacio ofreciendo
Ha estado en años lejanos
Como en el presente tiempo.

En sus diferentes formas,
En sus matices diversos,
En sus elevados muros,
Bajo sus dorados techos,

¡Cuántos sangrientos arcanos,
Cuántos horribles secretos
Ha recogido y guardado
De sus señores y dueños!

Escrito dice en sus naves,
Escrito en el pavimento:
"Fuera el clamor, la miseria,
"La pompa, el orgullo, dentro"

Y vive Dios que el alcázar
Tantos ropajes vistiendo
En mil fases reproduce,
Constantemente un efecto

En ese propio solar,
En el palacio que vemos
Morada de los virreyes,
Gobernadores del reino,

De la rica Nueva-España,
Ha cinco lustros y medio (*)
Tras las cortinas de seda
Que están los vidrios cubriendo

Y á la luz de dos bujías
En apartado aposento,
Dos sombras se dibujaban,
El ademán describiendo

De dos interlocutores
Que discurren satisfechos,
El uno de faz altiva,
Adusto, iracundo aspecto;

En un sillón se reclina
Forrado de terciopelo
Carmesí, con franjas de oro.
En pie el otro y descubierto,

Ya entrado en edad, vestía
Traje militar; al verlo
Se nota que de camino
Llegaba en aquél momento.

(*) Este romance se escribía el año de 1843.

Un caballo que en la calle
Y de las riendas del freno
Tiene un soldado y pasea,
También induce á creerlo.

El jefe recién llegado,
Aunque muestra gran respeto
Al personaje orgulloso,
En su sanguinario ceño,
En su encapotada frente,
En su arrugado entrecejo,
De un esbirro ó de un verdugo
Tiene como escrito el sello.

A saber lo que discurren
Tan parecidos sujetos,
Con el odio, la venganza
Se presumiera en concierto.

Después que hablaron de modo
Que no se oye por lo quedo,
Dijo, dejando el sillón
Como quien manda, el primero:

"A usted, señor "Concha," encargo
La vigilancia del reo;
La ejecución será pronta,
Como rápido el proceso;

Que la pasada de Cuautla
Por Dios olvidar no puedo;
Y dudo que esté seguro.
Vuélvase usted á su encuentro,
Y cuente que es responsable...."

"A vueselencia lo ofrezco,"
Contesta el segundo, y sale
Humilde saludo haciendo.

El que la orden había dado
Era el virrey nada menos
Don Félix María Calleja,
De abominable recuerdo.

Terminó la conferencia,
Y á muy poco un movimiento
General hay en Palacio,
La guardia de alabarderos

Se duplica, las patrullas
Van la ciudad recorriendo:
No permiten reuniones
Ni corrillos en el pueblo:
A todo hombre se detiene,
Se interroga, y en acecho
Van como espías, disfrazados,
Los agentes del gobierno.

Un rumor ha circulado
Que llena á todos de duelo,
Y origina al que es criollo
Lástima, dolor y miedo.

Por eso ricos y pobres,
Ora nobles y plebeyos,
Se ocultan, y la ciudad
Se queda como un desierto.

En sus desoladas calles,
En los edificios yermos,
Y de los mustios faroles
En los lánguidos reflejos,

Todo es pavor y tristeza,
Obscuridad y silencio,
Que la voz lúgubre "alerta"
De los militares puestos

Interrumpe y se ve sólo
La errante luz de un sereno,
Que miente una aparición
En un vasto cementerio.

Formando calle camina
Una tropa de lanceros,
Tirada el arma á la espalda,
Los ojos y el pensamiento

Clavados en dos personas
Que cabalgan en el centro:
Uno el jefe de la escolta,
Coronel de un regimiento

De realistas, tres galones
De plata lo están diciendo,
Sobre la vuelta de grana
Y casaca oscura, puestos.

"En su encapotada frente,
En su arrugado entrecejo,
De un esbirro ó de un verdugo,
Tiene como escrito el sello.

"Es don Manuel de la Concha,
De abominable recuerdo;"
Quien de sangre mexicana
Se manifestó sediento.

El que en la guerra de once años
Que crueldades cometieron
Con furor, un bando y otro,
En este infelice suelo,

Llegó á distinguirse tanto
Por lo atroz y carnicero,
Que era sentencia en su boca
Por ella hablando el infierno.

Siempre que aprisiona un hombre.
Ya con armas, ya indefenso,
Pacífico, en despoblado,
O en el campo combatiendo,

"¿Es insurgente? que muera.
¿No es insurgente? pues luego
Fusilarlo; de este modo
No habrá de llegar á serlo."

¡Bárbaro! ¿quién le anunciara
Que seis años transcurriendo,
Y vencido por las armas
De sus contrarios, al puerto

En camino recogiera
De sus maldades el premio;
Y bajo a leve cuchilla
De enemigos encubiertos

Con el disfraz en el rostro,
La rabia en el alma, ardiendo
En la fiebre de venganza,
A los golpes caería muerto?

Fué un atentado, fué crimen
Que hace erizar el cabello.
De los agresores viles
El nombre no conocemos,

Y aún es mejor ignorarlo,
Si un ejemplar escarmiento
Para el malvado que viola
De la humanidad los fueros,
No había de purgar la tierra
De esos monstruos. Pero el cielo
Tenía de Concha el castigo,
En sus arcanos dispuesto.

En un todo diferente
De aqueste, el otro sujeto
Que caminaba á su lado
De los soldados en medio,

Era de semblante afable,
Dulce, sin faltar lo serio,
De franca, noble expresión,
Y magestuoso aspecto:

Índigena la calor
Se inclinaba á lo moreno
Sin desagrado, en sus ojos
Brillan los rayos del genio.

La forma de su vestido
Sencillo y del todo negro,
Y un listón azul que adorna
Por el derredor el cuello,

Demuestran que es sacerdote:
Aunque portara á quererlo,
Insignias y distinciones
Alcanzadas con los hechos.

Mas al contrario, desnudo
De pompas, de abatimiento
No da indicios, y tranquilo
Marcha con rostro sereno,

Como el que camina libre,
Aunque sabe que va preso:
Tal vez á morir cercano
De evitarlo sin un medio.

En este ilustre caudillo
Y eclesiástico modesto,

A veces peón humilde
 Erigiendo á Dios un templo:
 Ora ganando batallas
 Como indomable guerrero;
 O ya reflexivo, sabio
 Y prudente en el consejo:
 En el que se ve mezclado
 Lo celestial y terreno,
 Y del arcángel y el hombre
 Lo más puro, lo más bello:
 Al que mira con ternura
 Y con estupor el pueblo;
 Y al que Concha ve con susto,
 Pero trata con obsequio,
 Extraño en él hasta entonces,
 Era el gran cura Morelos,
 De los mexicanos gloria,
 De sus opresores miedo:
 Que en un azar de la guerra
 Fué cogido prisionero,
 Y se le juzga y sentencia
 Como insurgente y ateo,
 Proscrito y escomulgado,
 Según la opinión del tiempo,
 Que unánimes inculcaban
 Anatemas y decretos.

II.

El Vaticinio.

..... Aunque joven
 Esa espada escollé yo,
 (El mismo.)

Era un calabozo estrecho
 De la fuerte Ciudadela,
 Cuanto los hierros permiten
 De la bien segura verja,
 Dirije la vista absorto
 Y la campaña contempla.



Morelos en su prisión.

Un reo de Estado, al que guardan
Atentos los centinelas.

Algunas veces á largas
Cavilaciones se entrega,
Como el que discurre medíos
Contra su fortuna adversa;

Tal vez de su estado antiguo
Pasadas glorias recuerda,
O de sí mismo olvidado
En otros objetos piensa;

Que no es un hombre vulgar
A quien la desgracia aterra,
Sino un varón cuyo nombre
Por todas partes resuena.

Hoy es sólo un prisionero,
Al que el destino condena
A merced de los contrarios
Que su perdición anhelan;

Mientras que otros pensamientos
Otras grandes lisongeras
Esperanzas y altos fines
En aquél muro se estrellan:

En el muro que lo guarda,
En la prisión que lo encierra,
Solo, pobre, desvalido,
Sin apoyo ni defensa;

Pero que en tal desventura
Mucho de grande conserva.
Enemigos lo aborrecen,
Mas lo temen y respetan;

Y hasta aquella misma gente
Y atrevida soldadesca
Que lo custodia, á su vista
Contiene la inmunda lengua;

Y no hay tampoco un soldado
Español que á su presencia
Se acerque sin saludarlo
Con la mano en la visera,

La sumisión demostrando
Que sólo á sus jefes muestra,

Dominio propio del genio
 Y de la virtud que impera,
 Con el poder invisible
 Que al impuro vicio enfrena;
 Y por eso de admirarse
 No es, ni causar extrañeza
 Que á despecho de opiniones
 Y de calumnias protervas,
 A un general de insurgentes
 Tales honras se conceden.
 Ya de su constancia heróica
 Hoy ha sufrido otra prueba
 En las cárceles de Estado
 Y en otra prisión funesta.
 Allí verdugos, no jueces,
 Sin descansar lo atormentan,
 Ya con cargos ó capciosas
 Preguntas, con que quisieran
 Arrancarle, pero en vano,
 Delaciones; su firmeza
 La intención maligna burla,
 Y aún humillar consiguiera
 A "Bataller," el oidor,
 Que á pesar de su insolencia,
 Del preso no ha conseguido
 Sino precisas respuestas,
 Y algún sarcasmo que abate
 Su atrevimiento y soberbia,
 Los padres inquisidores
 Con premura y diligencia
 El tribunal presurosos
 Del Santo Oficio congregan
 Para juzgar el proceso
 Sobre puntos de creencia.
 Los cargos Morelos oye,
 Y con mesura contesta:
 "No es impío quien por su patria
 Y su religión pelea:
 No es hereje el que á Dios vivo
 Con su mano templo eleva,

Y escribe las oraciones
 Que en su santuario se rezan."
 Así responde y confunde
 A los jueces que le asedian
 A preguntas, y á las cuales
 Opone la indiferencia.
 ¿Pero ha vencido, ó acaso
 Tiene el dolor otra cuerda
 Que tocar? Viene "Bergoza,"
 El obispo de Antequera,
 A quien Morelos triunfante
 Vida conservó y hacienda;
 Pero no en el duro trance
 A darle consuelos. Llega
 Como juez á presidir
 La ceremonia postrera,
 Para que del reo se haga
 Al brazo seglar la entrega.
 Dada que fué la señal,
 La ceremonia comienza:
 Le raen manos y corona,
 Hasta que la sangre enseñan,
 Para destruir ¡oh, dolor!
 Con el hierro y la violencia
 Material, aquel carácter
 De sacerdote que lleva
 Impreso indeleble el alma....
 No es del dolor, no, la fuerza,
 La que siente y conmovido
 Con amargura lamenta.
 Cien heridas y la muerte
 No harán que exhale una queja;
 Pero es Morelos humano,
 Tiene una fe que venera,
 Y el dolor que está sufriendo
 Es de otra naturaleza.
 ¡Privado del sacerdocio!
 ¡Indigno de aquella esencia
 Que ha recibido...! Su angustia
 Rompe de abundante vena

Y llora... Luego el obispo
También á llorar empieza...
Dentro el triste calabozo
Tan dolorosas escenas,
Tiene á los ojos Morelos
Y vivas se le presentan.
Como demandando alivio
Al cielo la vista eleva
Y la fija en el Ocaso,
Donde la tarde serena
Con los rayos que declinan
Tiñe de carmín la esfera.
Un grupo de pardas nubes
Que á impulsos del viento vuelan,
Suspendido en la montaña
Adquiere formas diversas
Y describe mil figuras
Extrañas, que representan
Campos, ciudades y gentes,
Entre las cuales descuella
Una colosal fantasma,
Que tiene en la mano diestra
Teñido un puñal de sangre:
Con la otra agita una tea
Encendida, que humo arroja
Y lo que toca lo incendia,
Cayendo al pie del coloso,
O de la fantasma negra,
Grupos de formas humanas
Que en su sangre se revuelcan.
Morelos suspira entonces,
Y dice: "¿De esta manera
Sostienen su predominio
Los déspotas de la tierra?"
Después de una corta pausa
Volviendo á alzar la cabeza,
Halló el dibujo variado
Y decoraciones nuevas;
En vez del monstruo, una planta
Coposa y gentil, do cuelgan

Rojos sazonados frutos
Que descienden y alimentan
Al parecer, á millares,
De figuras placenteras,
Según el aire y contornos
En que los rayos reflejan
Del sol, que asoma un instante
Dorando la cabellera
Del árbol bello y frondoso
Como radiante diadema.
Vuelve á suspirar el preso;
Pero en su faz satisfecha
Una ráfaga de luz
Brilla como de suprema
Inspiración, y solemne
Añade su voz: "Ya llena
Está, patria, la medida:
Un destino igual espera."

¡Oh Morelos! Yo era niño
Cuando tu vida y proezas
Me contó mi amado padre,
Y tu sensible tragedia.
Pasaron después seis años,
Y aunque ni el bozo siquiera
Sobre mi labio asomaba,
Ya seguí tras de la enseña
Tricolor, y en la ciudad
De México, entré con ella.
Todo allí júbilo, gala,
Todo regocijo y fiesta;
Pero en la marcha triunfal
Recordé la historia acerba
Con dolor, y á tu memoria
Pagué una lágrima tierna.

III.

¡Un abrazo!

Se ajusta el traje, descubre
La garganta.....

(Idem.)

En una casa del pueblo
De Ecatepec, almorzando
Estaba el Cura Morelos
Con un coronel al lado
Y con otros oficiales
Que lo siguen: colocados
Hay algunos centinelas
En las puertas, y á lo largo
Dentro la sala pasean
Otros dos, el arma al brazo.
También la escolta en la plaza
Está formada en descanso;
Y hay una guardia que niega
De la habitación el paso,
A los del lugar confusos
Y curiosos paisanos.
Inútil es que procuren
Acercarse, ó acechando
Indaguen lo que allá dentro
Se está á la sazón tratando;
Darían muchos sus haberes
Y su vida por lograrlo:
Por escuchar un acento
O recoger un vocablo;
Mas si con este designio
Se aproximan, los soldados
Los retiran con palabras
Soeces y á culatazos.
Mientras sirven á la mesa
Uno en pos de otro los platos,
Jovial la conversación
Habíase en ella entablado

Sobre la iglesia del pueblo,
Su arquitectura y tamaños;
Morelos daba su voto
Con discernimiento raro;
Y prosiguió discurrendo
Con igual desembarazo,
Hasta que acabó el almuerzo
Y los manteles alzaron.

Reinó después el silencio,
Que interrumpe á poco rato
El coronel, aunque muestra
Encontrarse algo turbado,
Y como el sembante huyendo
Dice á Morelos: "¿Acaso
Usted sabe á qué ha venido?..."
—"No lo sé, pero lo alcanzo"

Aquel responde... "á morir..."
—"Sí, contesta, es necesario
Disponerse..."—Lo comprendo,
Dentro de breve despacho;

"Mas permita usted que acabe
De "fumar" este "tabaco,"
Le replica, es mi costumbre;..."
Y dió principio á fumarlo
Con sosiego. Un religioso
Del orden de franciscanos,
(Que ya prevenido estaba)
Entra para confesarlo.

"Mejor que á su reverencia
Escogiera yo al vicario
Del lugar;..." Morelos dice;
Y hacen al punto llamarlo.

Llega, afable lo recibe,
Arroja al suelo el tabaco,"
Entrase en un aposento
La puerta tras sí cerrando.

No tardó la absolución,
Salió Morelos del cuarto
Con el mismo continente
Serenos con que había entrado:

Más triste y más abatido
Se ve el rostro del vicario,
Que no el confesor parece,
Sino el preso confesado.

En ese propio momento
Fuera las cajas sonaron;
"Es para formar el toque,
Morelos dice, no hagamos
Esperar más á la tropa,
"Y deme usted un abrazo,"
Señor "Concha," ¡el postrimero!..."

Después al cuerpo ajustando
La turca, prosigue: "aquesta
Será mi mortaja; no hallo
Otra aquí..." Los concurrentes
A estas palabras lloraron.

A la calle se dirigen,
Marchan detrás los soldados
De la guardia, el sacerdote
camina del preso al lado;

En la plaza se detiene,
Y un crucifijo tomando
Del ministro que lo exhorta,
Lo besa y pronuncia claro

Estas precisas palabras:
"¡Oh Señor! si bien he obrado
En el mundo, tú lo sabes:
Si mal, me acojo al amparo
De tu bondad infinita..."

Se llegan para vendarlo
Con un lienzo: lo retira,
Diciendo: "no es necesario,
Nada distraerme puede
En este sitio;" le instaron
Otra vez, y cede entonces;
La venda toma en sus manos.

Cubre con ellas sus ojos,
Y pregunta "¿hemos llegado?
¿Es aquí?..."—"Más adelante"
Le dicen.—Dá algunos pasos:

¿Aquí?... (otra vez) Sí, responden;
Se arrodilla, y no bastando
Los tiros que le disparan,
Con un ligero intervalo
De larga y común angustia
Para los que presenciaron
mudos la escena cruenta...
Otra descarga ha sonado.

JOSE DE J. DIAZ.

Jalapa, Septiembre 13 de 1845.



SAN AGUSTIN DEL PALMAR.

La batalla fué dada á campo raso, para desimpresionar al Conde de Castro Terreño, de que las armas americanas se sostienen no sólo en los cerros y emboscadas, sino también en las llanuras y á campo descubierto.—**MARIANO MATA-MOROS.**—Parte oficial dirigido á Morelos.

I

Se extiende el llano taciturno y triste
Bajo el toldo estrellado de los cielos,
Y en su faz se percibe, descansando,
De realistas un ancho campamento.

Custodian un convoy: grandes riquezas
Conducen bajo carros, por el yermo
Arenal de la costa ó por las peñas
Del Andes majestuoso y opulento.
Mas ahora están dormidos: sólo se oyen
Vagas voces que turban el silencio:
El follaje agitado; el triste aullido
Del astuto coyote, el vocinglero
Piar del ave que los alres rompe
Llevando al nido el presuroso vuelo.

Y el alerta pausado del realista
Que ve tenaz el horizonte extenso.

Las negras masas de los grandes carros
Alumbra el temblador chisporroteo
De rojizas hogueras inflamadas
Sobre la tierra con quebrados leños,
Y cruza en lo alto con callada planta
El brillador ejército del cielo.
Triste se mira el extendido llano,
Bajo el manto invisible del sosiego:
¡Más triste está, más triste, un hombre libre
Si un tirano lo lleva al cautiverio!

II

Sobre la frente del altivo monte
que del llano descansa en el lindero
Como un valiente que cayó en la lucha
Herido, sí, pero la altura viendo,
Se va elevando al fin entre los aires
La bella aurora de semblante tierno.
Ella es como una virgen soñadora:
Tiende á la espalda su dorado pelo.
Y, soñolienta, su semblante envuelve
Con rojas nubes como chal soberbio.

El desierto insensible se reanima:
Se endereza por fin el campo yerto.
Y el carro empieza su penoso viaje
Mientras el corcel sacude su cabello.

Mas súbito el clarín los aires corta
Cual pájaro fugaz: es que el experto
Ojo del centinela ha distinguido
Del insurgente el pabellón enhiesto,
Azul y blanco como el cielo puro,
Azul y blanco como el mar inmenso.
Es que van á pedir á los realistas
Tierra y espacio y del poder el cetro,
Los guerreros del bravo de los bravos.
Los dignos hombres del sin par Morelos!

III.

Sonó el tambor en el undoso espacio;
Como sierpes se mueven los guerreros
Sobre el mundo desierto, que se eriza
Con humos blancos y corceles negros.

Un instante se inclinan los valientes:
Tendido tienen el fusil certero
Y los envuelve, cual glorioso manto
El fogonazo, la humareda, el trueno.

Y así como los aires tempestuosos,
Escuadrón de ginetes va corriendo;
Apenas tocan los ferrados cascos
El polvo que se eleva en su sendero:
Matamoros los manda, los persigue
Con su ojo azul entre el terrible estruendo:
Y está cual semi-dios entre los suyos
En el triunfo pensando de los buenos.

La crin al aire, flameando el ojo,
Abierta la nasal, tascando el freno.
Va el caballo fugaz como la sierpe
Que se perdiera entre el follaje espeso:
Y va el jinete con su cuerpo echado
Sobre el bruto; el rendaje lleva suelto
Y grita de furor, y delirante
La espada oprime entre sus duros dedos.
Llegaron como un nudo que se aprieta,
Estrechándose van contra el ibero,
Por más que éste derrama en torno suyo
Sangre y sangre á los golpes de su hierro.

Pero el convoy avanza: no detienen
Su paso los soldados ni un momento:
Corriendo van, y en el espacio queman
De su fusil el inflamable cebo.

La lucha sigue, la humareda sigue,
Cruzan el llano aún los extranjeros,
Aún ruedan los heridos: está llena
La tendida llanura con los muertos.

Pero el jefe ha ordenado, y á su frase
Retroceden los libres, y los fuegos
De sus cañones van saltando entonces,
De entre sus filas cual chacal hambriento.

- Empúñase la espada matadora,
Llamean con el sol los curvos hierros,
Y cruza pavoroso en el espacio,
El grito de la muerte, el "á degüello."
¡Ah! los rojizos charcos se han formado!
¡Las cabezas se arrancan de los cuerpos!
Es que surcan el aire los cuchillos,
Fugaces, sí, pero con sangre llenos!

Corcel herido sobre muertos pone
Su pezuña nerviosa, y en el suelo
Riega sangre también que hacha filosa
Hizo salir de su venoso cuello.

Perdido corre en el enorme llano
Entre el polvo que flota siempre denso
Y tembloroso, en el espacio lanza
Loco relincho de dolor siniestro!

Y así la lucha sigue: el sol en vano
Al Zenit, silencioso va ascendiendo
Como el romano, que en el monte mira
Gozoso destrozándose á los pueblos.

Mas luego arrojan el cuchillo roto
Los terribles soldados, sin aliento:
Y extraviados los ojos, van perdidos,
Como el torpe huracán sin derrotero.

Así la tempestad: brama iracunda
Sobre la mar con su clamor horrendo
Mas luego se deshace: huyen las olas
Como huyen en el llano los dispersos.

IV.

Triunfó la libertad! Gloria, insurgentes!
Mirad al enemigo por fin muerto;
Mirad el llano á la postrer vislumbre
Del sol, que va al ocaso descendiendo.

América, loor! Bendita seas,
Virgen que entre los mares y hasta el velo
De las nubes, erguiste tu alba frente
Con clara frase libertad pidiendo!
América, loor! Himnos te entone
Con voz audaz el incansable viento,
Que en el espacio como rey salvaje
Alzó atrevido su aduar espléndido.

Y que cante también á los patriotas
Y que repita los heroicos hechos
De aquellos hombres que te hicieron libre,
Los que la espada para tí blandieron.

Matamoros, Aquiles de la guerra,
En el llano glorioso te contemplo,
Y á tu memoria un armonioso canto
Vino un instante y conmovió mi pecho.

Hay al Oriente del tendido llano
Un monte, que se eleva como un genio,
Y tiene en lo alto reclinada siempre
Su blanca sien de deslumbrante hielo.

Es el Citlatepetl, pero, esa tarde
Dijérase que estaba sonriendo
Desde su alcázar de nevadas peñas,
Al triunfador teniente de Morelos.

Y la tarde, esa dulce enamorada
Que se sienta en el borde del desierto,
También miraba al atrevido atleta
Desde el linde del ancho firmamento.

EZEQUIEL A CHAVEZ.



LA GENERALA.

(Antonia Nava de Catalán.)

¿Qué briles grabarían,
ni qué colores pintaran,
ni qué mármoles ó bronce
á representar alcanzan
para las generaciones
venideras, las hazañas
de los héroes que murieron
por defender á su patria,
y cual tributo debido
nuestra gratitud reclaman?

No en libros, telas ni bronce,
ni humildemente cantadas
por medianos trovadores
deben ser cosas tan altas
dentro de los corazones
culto debemos de darlas,
y para asombro de todos
y para edades lejanas,
un Homero debería,
de su genio con las galas,
cantar como se merecen
unas proezas tan magnas.

II

Sitio.... la montaña enhiesta...
 un pueblo sin importancia
 escondido en un repliegue
 de la sierra de Xaliaca,
 ó Tlacotepec...—Guerrero....
 Estrechamente sitiada
 por las fuerzas virreinales,
 defiende el pueblo una escasa
 fuerza de tropa insurgente
 que, sin esperanza, aguarda
 tranquilamente el desastre
 sin rendir la débil plaza.....

El puñado de valientes,
 Nicolás Bravo comanda.....
 El hambre extrema el peligro,
 y en lucha tan desastrada,
 va muchos de los sitiados
 se destemplan y amilanan,
 y en la rendición empiezan
 á poner una esperanza.....

Bravo, el "humano", venciendo
 su natural repugnancia,
 para que otros se alimenten
 y guardar puedan la plaza,
 se resuelve al sacrificio
 de algunas vidas, y manda
 diezmar al valiente grupo.....

A obedecer se adelanta
 don Nicolás Catalán,
 cuando doña Antonia Nava
 su consorte, y Catalina
 González, otra preclara
 patriota y amiga suya,
 se presentan y declaran:

"General: aquí venimos
 en clase de voluntarias.....
 ya encontramos la manera
 de servir á nuestra patria.....

verdad es que no servimos
 para manejar las armas;
 pero pueden nuestros cuerpos
 convertidos en pitanza,
 sostener á los valientes
 defensores de esta plaza.....
 Hélos aquí... destrozadlos...
 y en raciones se repartan
 sin perder un solo instante....!
 y acercando al seno un arma,
 hizo á desgarrarse el pecho,
 pero muchas manos, rápidas
 detuvieron aquel brazo,
 á la vez que vitoreaban
 heroísmo tan sublime....
 y echando mano á las armas
 después, hombres y mujeres
 con grande arrojo peleaban,
 y casi todos murieron;
 pero sin rendir la plaza.

III

Más tarde, aquella heroína,
 esa doña Antonia Nava,
 á quien la tropa insurgente
 llamaba la Generala,
 y de Cornelia en el molde
 seguramente vaciada,
 estando frente á Morelos,
 á tiempo que contemplaba
 de un deudo el cadáver yerto,
 víctima de los de España
 y ex-tambor de un regimiento,
 cuando el gran caudillo trata
 de consolarla en su pena,
 ella se iergue y exclama:

"No vengo á llorar la muerte
 de mi deudo, que á Dios gracias
 murió su deber cumpliendo....

vengo á entregar á la Patria
cuatro hijos que me quedan;
tres, pueden tomar las armas...
el chico, será tambor,
y así cubrirá la plaza
del muerto.....!

¡Cuánta grandeza....!
¡Cuánta elevación de alma...!
¿Qué buriles grabarian,
ni qué colores pintaran,
ni qué mármoles ó bronce
á representar, alcanzan
para futuras edades
tan portentosas hazañas.....?

Sólo un Homero podría,
de su genio con las galas,
pintar como ellas merecen
acciones tan levantadas!

JUAN N. CORDERO,

Xalapa, Julio 1910.



HAZAÑA DE MIER Y TERAN

I

¡Cuántas vidas extinguidas!
¡Cuánta sangre derramada,
Que humeante enrojeciera
El suelo de Nueva España!
La sangre de aquellos héroes
Era sangre immaculada
Que á torrentes fué vertida
En las aras de la Patria,
Fué fertilísimo abono,
Que otros seres engendrara,
Seres valientes y activos,
Serés de virtud preclara,
Que denodados y dignos,
Mártires de causa santa,
Despreciaron los peligros,
Y llenos de fe y constancia,
Sintiendo arder en sus pechos
Del patriotismo la llama
Por lograr la independencia
De la tierra mejicana
Dieron pruebas de bravura,
De arrojo y valor sin tasa.

II

¡El vaticinio cumplido....!
Hidalgo, con grande calma,
Al iniciar su gran obra

Dijo: "La suerte está echada,
 Pagaré con mi cabeza,
 Empresa de tanta audacia;
 mas ya sembré la semilla,
 Llena de vigor y savia,
 Que con todos sus esfuerzos
 No podrá arrancar España."
 Y así fué: el heroico cura
 Vió su existencia segada
 Y mil y mil perecieron
 En la lucha sacrosanta;
 Mas su fecundante sangre
 Que nuestros campos regara,
 Hizo brotar nuevos frutos
 De fuerza y potencia raras.

III

En mil ochocientos once,
 Por el rumbo de Oaxaca
 Unido á los insurgentes,
 Mier y Terán se encontraba.
 Coronel de artillería
 Y muy experto en el arma,
 Que el triunfo había de obtener,
 Con seguridad juzgaba.
 Pequeñas escaramuzas,
 Reflejo de una batalla
 Unas tras otras venían;
 Mas en la lucha tan ardua
 Comprendían los insurgentes
 Que no obtenían gran ventaja;
 Pero un hecho inesperado
 Vino á enardecer las almas
 Y á realizar, algún tanto,
 Sus ardientes esperanzas.
 Alvarez, en esos días,
 A Oaxaca gobernaba
 Y con mucha artillería
 Víveres y tropa brava,
 Sin vacilación dispone

Sitiar á Silacayoapan.
 ¡Qué va á ser del insurgente....!
 ¡Defiende una noble causa....!
 ¡Siente el valor en su pecho,
 Pero le faltan las armas!
 ¡Sus víveres son escasos;
 Sus pertrechos, polvo, nada;
 Mas cuando el valor alienta,
 Cuando se siente en el alma...
 Un sacro y noble ardimiento
 Por una idea noble y santa,
 ¡El ingenio se despierta;
 La inteligencia se aclara!

IV

Sesma está muy preocupado.
 El era quien comandaba
 Al puñado de valientes
 Que á su lado peleaban,
 Por lograr la independencia
 De México, de su patria....
 Piensa, medita, cavila,
 Se agita en terribles ansias,
 Hasta que al fin se dirige
 A Mier y Terán y le habla:
 —¡Coronel! ¡Esto es seguro!
 ¡Los españoles nos matan!
 ¡Nos destrozan, nos abruman!,
 ¡Con su fuerza nos aplastan!

 Por los labios de Terán
 Ligera sonrisá vaga:
 —Es claro, mi general,
 Con cierta firmeza exclama,
 Seguro es que perderemos,
 Con notable desventaja.
 ¡Tienen buena artillería
 Y la artillería es muy brava!

A su vez sonrióse Sesma
 Y mirándole á la cara,
 Casi exaltado, frenético,
 Con la visra demudada,
 No contra él, sino al sentir
 De la impotencia la rabia,
 Dice: ¡Adivinad un medio!
 ¡Buscadlo sin más tardanza!

.....
 Terán vuelve á sonreír
 Y dice con gran cachaza:
 —Sólo un medio, sólo uno,
 Mi pobre saber alcanza!
 —¿Y cuál es? ¿Lo adivinásteis?
 ¡Si nó, callad que ya basta!
 —...¡Quitarles la artillería!
 —¡Pues bonita adivinanza!

V

La noche está tenebrosa,
 Noche de profunda calma,
 Pues aunque nubes espesas
 Ocultan la faz de Diana,
 Cual si de intento lo hicieran
 Por una sublime causa,
 No se escuchan más rumores
 Que el viento que en la enramada,
 Se desliza placentero,
 Cual si infundiera en las almas
 Algo sublime y grandioso,
 No envidia, emulación santa,
 Por llegar á conseguir
 La libertad anhelada...
 ¡Ahí van los insurgentes!
 Débiles son sus pisadas.
 No interrumpen el silencio
 De esa noche memoranda.
 El campamento enemigo
 Se encuentra en completa calma.

De la gran artillería
 Un capitán es el guarda
 Y no piensa en el peligro
 Que la suerte le depara.
 De súbito.... clamoreos,
 Gritos, golpes, cuchilladas,
 Interrumpen el silencio
 Y comienza la matanza.....
 Las nubes se retiraron
 Y, al final de la jornada,
 La luna iluminó el campo
 Con su luz plácida y blanca.
 Los insurgentes triunfantes
 Quieren seguir la batalla....
 ¡No queda un solo enemigo!
 ¡La artillería está tomada!

EMILIO DE ARRIOLA.



ALBINO GARCÍA.

Era terror del Bajío
El manco Albino García,
Gran jinete machetero
Hasta perderse de vista;
De tan agudo chirúmen,
Tal travesura y tal chispa,
Que le llamaban las viejas
El coco de los realistas.
Era como de fantasmas
Su temeraria guerrilla;
Ya furibunda atacaba,
Ya fugaz desaparecía,
Cual si de brujas y duendes
Se compusieran sus filas.
Sus cureñas y cañones
De resorte parecían,
Como que iban en las bolsas
De su entusiasta guerrilla.
Los atormentados pueblos
Su tránsito conocían
Por los rastros del incendio,
La orfandad de las familias,
Y los muertos insepultos
Que quedaaban en las ruinas.
De Negrete y García Conde
Las tropas le perseguían;
Ya en San Miguel se les pierde
Ya le alcanzan en Yuriria.

Y ya al tocar Irapuato
Resienten sus embestidas.
García Conde fatigado,
Deja de seguir su pista,
Y á Iturbide le encomienda
Que al guerrillero persiga.
Iturbide se disfrazó,
Se finge Pedro García
Hermano carnal de Albino,
Y que á darle auxilios iba.
Entra al valle cauteloso,
Estalla la gritería,
Despiertan en la matanza
Los que tranquilos dormían;
Resistir quieren en vano;
Preso está Albino García,
Y orgulloso, alborozado,
Rebosando en alegría,
En pelotón á las tropas,
Del guerrillero fusila.

II.

Con poderosa custodia,
Sin armas, y bien sujeto,
Camina con Iturbide,
Albino, á Celaya preso.
García Conde, enajenado
De regocijo al saberlo,
Y dando á su desahogo,
Colorido de grotesco,
Mandó formar á sus tropas,
Ordenó repique á vuelo,
Le hizo irónicos honores,
Pero poco satisfecho,
Frente al balcón de su estancia
Le llevaron con apremio.
Allí el vencedor terrible
Se desató en improperios,
Entre los gritos salvajes

Y los aplausos del pueblo.
Albino marchó al cadalso,
No arrogante, sí sereno;
Besó al confesor la mano,
Dirigió la vista al cielo,
Y á la multitud curiosa
Se encaraba con desprecio,
Cuando se escuchó vibrante
La terrible voz de "¡fuego!"

GUILLERMO PRIETO.



EL PACHON.

Bustamante está acampado
En el Cristo y Santa Mónica,
Y ocupan Atzacapotzalco
De la vanguardia las tropas.
Desde allí se oyen las voces
De la división de Eldorza,
Y se ve al mayor Buceli
Con las fuerzas españolas.
Todo parece pendiente
De los Tratados de Córdoba
Que mientras se oyen razones,
Las armas están de sobra.
Los soldados, impacientes,
Entre tanto se provocan,
Y los bravos de Codallos
Hasta Atzacapotzalco tocan,
Entre avances y disparos
Del audaz don Lino Alcorta.
Con los músicos de Murcia
Enfurecido se choca,
Que desertan de la orquesta,
Arremeten y alborotan.
Oye del cañón el trueno
Desde Tacubaya Concha,
Y con sus fuerzas acude
Atravesando las lomas.
Alistase Bustamante,
Y, precavido patriota,